

TESTIMONIO DESDE LA PLAZA

EDUARDO GOLIGORSKY

Yo no había proyectado asistir a la ceremonia. Esas cosas no me gustan. Son para ociosos o para exaltados y yo no pertenezco, por suerte, a ninguna de las dos categorías. Incluso había olvidado que estaba programada para esa fecha, aunque en la ciudad no se hablaba de otra cosa. De modo que cuando llegué a la plaza y vi la multitud hice una mueca de fastidio. Alguien, a mi lado, me miró con curiosidad y experimenté ese vago temor que nos acomete cuando llamamos la atención en las calles o en los lugares públicos.

Empecé a caminar lentamente, aparentando indiferencia, con la intención de dar un rodeo que me alejara del racimo humano. Una columna silenciosa de penitentes vestidos de negro, encapuchados y armados con teas encendidas, avanzaba en dirección a mí y me cortó la retirada. Sólo a un loco se le habría ocurrido desafiar la terca embestida de esa compacta muralla de cuerpos y me dejé arrastrar hacia el centro de la plaza.

Los últimos rayos del sol, combinados con el rojizo resplandor de las antorchas, cincelaban patéticos relieves en el rostro de mis vecinos. Bajo las capuchas se vislumbraban narices afiladas, pómulos huesudos, oscuras cuencas oculares, mentones agresivos, bocas de labios invisibles. Pero a medida que hendíamos la multitud se hacía más difícil conservar el primitivo orden de la marcha, y los remolinos de espectadores comunes introducían cuñas entre las hileras de penitentes.

De pronto me encontré rodeado por una turba mucho más bulliciosa, que formaba el público habitual de ese tipo de asambleas, y en la cual se adivinaba, no obstante su apariencia heterogénea, una uniformidad análoga a la de los mosaicos en los que las piezas disímiles se ensamblan sabiamente para brindar un nítido panorama de conjunto. Adustas matronas de acicalado atavío se codeaban con arpías desgrefñadas del arrabal canalla. Austeros hidalgos mezclaban su perfumado aliento con las vaharadas alcohólicas que exhalaban viejos claudicantes recién salidos de sórdidos tugurios.

Y el denominador común del odio se condensaba sobre el mar de cabezas como una nube caliginosa y casi tangible.

Sin quererlo, había terminado por ubicarme en un lugar de privilegio. Frente a mí se erguía el severo túmulo de piedra gris, rematado a su vez por el sólido poste de madera centenaria, especialmente escogido para la ceremonia. En torno de su base se erizaban los toscos haces de leña.

Ella se aproximaba con paso medido, majestuoso, entre dos hileras de guardias que, por respeto a la tradición, llevaban en ristre sus relucientes alabardas. Era bella, tanto como se rumoreaba y aún más, porque las descripciones susurradas jamás habrían podido reflejar la serenidad de sus rasgos, la dulzura de su boca, la apacible luminosidad de sus pupilas. Su tez era muy blanca y la negra cabellera suelta le caía en líquidas ondas sobre los hombros, bañando los tules y encajes de la túnica corta que quizá le habían permitido calarse como última concesión, porque nada parecido era usual entre nosotros.

No pensé siquiera en cuestionar el fallo, pero cuidando que las emociones no afloraran a mi semblante me pregunté si podía ser cierto lo que se contaba de esa mujer. No sólo había profanado los signos, sino que además había leído los códigos prohibidos y había predicado la palabra entre los jóvenes, transgrediendo las más estrictas normas. Era casi una deidad para ellos, pero una deidad que despreciaba ritos y solemnidades. Se reunía con los iniciados en legendarias catacumbas a las que, se decía, llegaban tras recorrer laberínticas galerías subterráneas, cuyas infinitas puertas sólo se abrían ante quienes recitaban las contraseñas secretas. Junto con sus acólitos celebraba sigilosos cónclaves en los que se cantaba, se reía y se veneraba un sentimiento mítico que ellos, en su ambigua jerga, denominaban amor.

Ignoro qué sucedió entonces, pero probablemente por mis cavilaciones, que evocaban la imagen de una existencia tan distinta de la nuestra, y exacerbado por una punzante mezcla de ansiedad, frustración e impotencia, sumé mi voz al coro general, y me oí articular injurias y abominaciones que nunca habían brotado antes de mi garganta. Clamé por el castigo de esa mujer como si ella, en persona, hubiera premeditado cada uno de sus actos para ultrajarme y humillarme personalmente, y la maldije mientras los guardias la ataban al tronco, y blandí frente a ella un puño crispado mientras los penitentes arrojaban sus teas sobre los haces de leña. La hoguera me encandiló al lamer las primeras sombras de la noche.

Ni mis gritos ni los de la turba bastaron para ahogar las trémulas modulaciones de la letanía que ella entonó mientras la envolvían las llamas, y por algún prodigio de la naturaleza el himno continuó reverberando aun después que el poste de holocaustos estalló en una lluvia de chispas y todo se convirtió en humo y cenizas. Dentro de mí se produjo una súbita distensión y me pasé las manos por la cara, como si despertase de un mal sueño. Descubrí que mis mejillas estaban inexplicablemente húmedas.

La muchedumbre empezó a desconcentrarse. Las calles laterales no tardarían en reabrirse al tránsito. Sin duda Elvira y los chicos ya estaban preocupados por mi demora. Yo nunca regresaba tan tarde a casa. Apuré el paso, empujando a los más remolones, y enfilé hacia la esquina de costumbre. Allí, con el portafolios apretado debajo del brazo, me puse disciplinadamente en la ya larga cola, para esperar el autobús.

FIN

Libros Tauro